

tieran, dos años antes de esta grabación, aquello de “Pompas ricas de colores, / de matices seductores, / del amor las pompas son...”? ¿Acaso Vigil y Robles concebía ya la idea de que las grabaciones podían extender la promoción y difusión de sus éxitos teatrales, aunque fuera mediante una versión de su pieza sin el texto cantado y con un arreglo quizá diferente al que sonaba en el foso de la orquesta teatral para ajustarse a la cruel realidad de los limitados conos? ¿Qué cara pondría don Eduardo cuando alguien le hiciera oír su propio disco, con el célebre perrito en el marbete, en algún aparato que le recordara su trabajo cotidiano, con la añadidura de ese ruido característico de la aguja contra surco que acompañó la audición de la música por lo menos durante un siglo?

Tantas preguntas. Y yo, que no conocí ya no digamos a mis tatarabuelos, pero ni siquiera a mis cuatro abuelos, no puedo más que imaginar cómo recibieron todos ellos estas novedades del arte y la tecnología, cómo tuvieron que descubrir una nueva manera de oír lo grabado por otros, cómo fueron aprendiendo a escuchar...